

Europa, un pasado actual

Es un dislate meter en el mismo saco a un país eslavo, a una ciudad latina y a un pueblo germano, escribe el autor desde Alemania. ¿Qué es entonces eso que sobrevive bajo el nombre de Europa? **TEXTO: GUILLERMO FADANELLI**

Cuando escuchamos la palabra Europa la mente de cada uno de nosotros produce imágenes distintas, aparecen museos, serenos ríos, catedrales antiguas, ruinas grecolatinas o la alineación titular del Real Madrid. Cada quien define o imagina Europa tal como su experiencia se lo permite. Para tantos mexicanos sumergidos de lleno en la cultura estadounidense, Europa les sugiere más una vieja escenografía histórica que una realidad. En todo caso, haber viajado una semana a Italia significa haber estado en Europa. Lo mismo sucede si uno viaja a Polonia, a un pueblo de la hermosa Galicia o a la península escandinava: se ha estado en *Europa*. Y, sin embargo, parece un dislate meter en el mismo saco a un país eslavo, a una ciudad latina y a un pueblo germano. ¿Qué es entonces eso que sobrevive bajo el nombre de Europa? Nos hallamos frente

a un dilema de sobra conocido: palabras como México, España, Europa son convenciones políticas, pero en casi ningún caso describen una realidad. ¿Cómo hemos podido someter tan extensas regiones a la tiranía de un solo nombre o de un solo gobierno? No lo sé, pero siempre ha existido un loco, llámese Alejandro Magno, Carlos V o Moctezuma que ha tratado de reinar en un pedazo de tierra que ni en semanas enteras podría recorrer a pie.

Eso que llamamos Europa es, en todo caso, una reunión entre pueblos eslavos, germánicos y latinos que siempre han estado en conflicto, no sólo a causa de intereses territoriales, sino también religiosos. La guerra entre católicos y protestantes que duró poco menos de un siglo y que culmina con la guerra de los Treinta Años (1618-1648), tuvo episodios tan sangrientos que harían estremecer a los fundamentalistas



ILUSTRACIÓN: LEON BROJOS

religiosos más crueles de nuestro tiempo. No se ha cumplido siquiera un siglo desde que un hecho, en apariencia menor, como el asesinato del archiduque Francisco Fernando, aspirante a la corona del Imperio Austrohúngaro, desatará un conflicto de dimensiones desastrosas: los alemanes perdieron esa primera guerra mundial, pero se levantaron para crear una bastante más despiadada. De modo que si me preguntan qué es Europa, responderé sin ninguna contemplación: la conclusión de un montón de guerras.

Un montón de guerras, pero también de idiomas diversos. El vasco, el portugués o el alemán son lenguas europeas pese a provenir de tradiciones diferentes. De la misma manera que en nuestros tiempos es el inglés un idioma dominante, así el latín cultivó aspiraciones universales. Y no obstante que los romanos impusieron el latín en buena parte de Europa, su presencia dio origen a nuevas lenguas, a revolturas extrañas y a latines de medio pelo. Esto lo sabemos todos sin necesidad de profundizar en el tema. Ahora bien, ¿por qué razón si existen tantas diferencias se crea una comunidad europea que hace de la economía su hilo conductor? La respuesta parece sencilla: los comerciantes venderían sus productos aún cuando fueran mudos. No exageraría si dijera que una coalición económica de esa envergadura no es otra cosa que comerciantes uniéndose para competir con otros comerciantes. ¿Pero es esta unión europea suficiente para comprender los problemas a los que se enfrenta una comunidad semejante? Sólo hasta cierto punto: los tecnócratas limitan el mundo a un conjunto de lugares comunes, poco efectivos cuando se trata de considerar problemas humanos bastante más complejos. Para hacer frente a las migraciones africanas, a las crisis energéticas, al deterioro ecológico

o a la regulación en el consumo de sustancias prohibidas se requiere sensibilidad, cultura y conocimiento del pasado.

El factor lingüístico

“No creo de ninguna manera –escribe Gadamer en su ensayo *La herencia de Europa*– en la idea de una lengua única, ni para Europa ni para la humanidad. En ciertos ámbitos puede ser práctico, pero la lengua es principalmente lo que habla la comunidad lingüística natural y sólo esta clase de comunidad se encuentra en situación de construir con otras los lazos que propiciarán su unión”. Llegamos ahora a una conclusión mínima: Europa es un encuentro entre entidades diferentes que en pos de sobrevivir inventan coincidencias (reconocimiento del otro a través de lo que nos hace distintos); en suma: un cultivo de las diferencias en aras del bien común. Estas son las definiciones de Europa que interesan a los humanistas, no las retóricas de los tecnócratas que desean conocer el mundo sin caminarlo, o lo que es peor: sin sufrirlo.

No existe una idea nueva que no haya sido antes expuesta o sugerida por los filósofos griegos. Leí esta frase en una novela de Tibor Fisher, pero me la apropio de inmediato: ¿cómo pudieron esos hombres pensarlo casi todo? En una especie de eterno retorno, los griegos vuelven siempre a dar estímulo a los filósofos del presente: Hegel, Nietzsche, Heidegger, Derrida, Gadamer, cuántos filósofos contemporáneos regresan a los griegos para continuar ampliando su conocimiento. ¿No es esto también Europa, o no es esto *precisamente* Europa? Me gustaría pensar que son los griegos quienes guían todavía los pasos de todos estos países, pero pecaría de ingenuo. Atenas fue el punto de encuentro necesario para que artistas y filósofos originarios de la Jonia, de Italia,

de Macedonia se reunieran a crear pensamiento, moral, ciencia, humanismo. La globalización –en su definición menos pragmática– no es más que un eco de aquellas reuniones entre hombres nacidos en tierras diferentes.

Sobre la memoria

Para concluir este boceto diré que los pueblos europeos, como casi todos los pueblos del mundo, se levantan sobre la memoria de sus desgracias. En Europa la más reciente ha sido también la más injuriosa: el holocausto judío. El intento de exterminar a una comunidad de seres humanos en un continente que viviera ya antes un periodo de Ilustración, no tiene nada de razonable, ni de humano. Un acto de esta naturaleza tiene poco que ver con las guerras imperiales emprendidas por Alejandro Magno, Carlomagno, Napoleón e incluso con las dos grandes guerras mundiales: un acto así es la negación absoluta del humanismo, de la ilustración y de cualquier lógica posible. Esto mismo lo han afirmado tantos escritores del siglo xx, Arendt, Adorno, Lyotard, Kertész: después del holocausto se acabó Europa. Es justamente el reconstruir una conciencia humana a partir de la tragedia judía lo que me parece crucial en la definición de una nueva Europa (en Israel los judíos parecen no haber aprendido historia): hacer todo lo posible para que una catástrofe de estas magnitudes no vuelva a suceder.

Hasta aquí la intención de acercarse a la Europa del presente hurgando en un pasado que no deja de asomarse en todo instante: un pasado actual.

GILLERMO FADANELLI

Ciudad de México, 1964.

Narrador y ensayista. Sus libros más recientes son *Educación a los topes* y *Plegarias de un inquilino*.